

La recuperación de la memoria gozosa. Lo que descubre el archivo fotográfico de las Misiones Pedagógicas

Eugenio Otero Urtaza

Universidade de Santiago de Compostela

El 21 de diciembre de 2006 se inauguró en las salas de exposiciones del Centro Cultural Conde Duque de Madrid, la exposición *Las Misiones Pedagógicas 1931-1936*. La muestra es fruto de la reciente investigación que se está realizando en la Fundación Francisco Giner de los Ríos con el propósito de recuperar y poner en valor una de las páginas más fascinantes de nuestra historia de la educación contemporánea. La exposición, realizada con el patrocinio de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el apoyo de la Residencia de Estudiantes, se llevó posteriormente a otras ciudades: A Coruña, Vigo, León, Soria, y Segovia; y durante 2008 una exposición ambulante de paneles, trasunta de la anterior, ha recorrido ya las ciudades de Ferrol, Puebla de Sanabria, Valladolid, Toro y Salamanca, y durante 2009 podrá verse en las comunidades de Castilla-La Mancha, Madrid y Andalucía.

Se quería recuperar con esta muestra la memoria de todas aquellas personas que habían participado en las actividades del Patronato, que conforme al cómputo actual se acerca a las setecientas. Por una parte, se trataba de enaltecer a su animador jovial, a pesar de sus años, autor intelectual de las ideas que se desarrollaron en las Misiones, Manuel Bartolomé Cossío –fundador y presidente de su Patronato– y por otra recordar que fue una tarea colectiva asumida con entusiasmo y generosidad por todos los hombres y mujeres que participaron en ellas, recorriendo los pueblos y aldeas de España para acercar la cultura al medio rural y, a su vez, descubrir la riqueza que ese medio rural guardaba. Claro está, hablamos de setecientos *misioneros*, aunque también debemos contar como participantes a los campesinos que los recibían. La exposición mostró que muchas

familias y pueblos conservaban memoria del paso de las misiones y se pudo reunir un legado fílmico, fotográfico, documental, bibliográfico y artístico, muy representativo de lo que significó aquel encuentro de fraternidad.

Una de las ideas que se desarrollaron en la exposición fue la creación de una base de datos, que recogiese toda la información que se estaba acumulando de misiones y misioneros. La base en principio era simple, un mapa que indicaba los pueblos visitados, las fechas, y las personas que habían participado en relación con los pueblos, solicitándose a los visitantes que ofreciesen la información que pudieran enriquecer el conocimiento de estas actividades.

La información había aumentado mucho cuando la exposición fue clausurada: aparecían más misioneros y nuevos datos sobre misiones, y de un fondo de más de mil fotografías sólo unas decenas estaban suficientemente identificadas. Asimismo, la investigación sobre los perfiles individuales de los misioneros, produjo el descubrimiento de una amplia bibliografía en relación con las personas que participaron en estas actividades que mostraban nuevas facetas de cada uno de ellos, así como un mayor conocimiento de sus circunstancias vitales, lo que pedía que esa base de datos se ampliase con nuevas funciones para ser útil y cumplir una función social. En estos momentos la base de datos se está ampliando para permitir la introducción de aplicaciones que permitirán establecer una breve biografía de cada misionero, sus obras escritas, la bibliografía conocida de cada misión, referencias documentales que pueden situar mejor a cada uno de ellos como los expedientes judiciales o de depuración, la relación que mantuvieron con la JAE, las fotografías relacionadas con cada expedición, la actividad científica, humanística, artística o poética de cada uno de ellos. Toda esta actividad de identificación, está llevando a un conocimiento mucho más exacto de este período histórico que sigue su curso, y que en estos momentos se despliega en varios frentes de actividad, pero del que vamos a destacar solamente uno de muy especial significación: el archivo fotográfico.

Algunas de las personas que participaban en las Misiones Pedagógicas hicieron fotografías, pero es muy difícil establecer autorías concretas de todas ellas, y aún cuando podemos estar casi seguros, no siempre hay certeza. Actualmente sabemos que, entre otros, hicieron fotografías José Val del Omar, Gonzalo Menéndez Pidal, Germán Somolinos, Manuel Rubio Sama y Modesto Medina Bravo. El caso de Val del Omar es el más conocido, pero es, a su vez, un autor del que se están diciendo muchas inexactitudes. Como hace años era el único fotógrafo conocido de Misiones había mucha tendencia a atribuirle la mayoría de las fotografías, cuando en realidad las hizo extraordinarias en Galicia, o Las Alpujarras, y posiblemente en otros lugares como los pueblos castellanos de Cebreros, Coica o Pedraza, pero no puede atribuírsele aquellas fotografías en las que no hay ningún indicio de que estuviese presente, como las también espléndidas de La Fueva, o Beteta.

De Gonzalo Menéndez Pidal conocemos únicamente una fotografía, pero ha sido recortada y usada para ilustrar acontecimientos que no siempre responden al lugar fotografiado: una sesión de la Misión de La Cabrera (León) entre el 23 y el 30 de julio de 1932, en la que se ve a un grupo de campesinos contemplando el cine¹. Sabemos que Germán

1. En la misión iban los inspectores Alejandro Rodríguez Casona, Salvador Ferrer y José Ruiz Galán. Gonzalo Menéndez Pidal los acompañó para después continuar viaje hacia Vigo. Se visitaron los pueblos de Truchas, Quintanilla-Ambasaugas, La Baña, Silván y Pombriego. Haciendo jornadas a pie de quince kilóme-

Somolinos fue uno de los fotógrafos de la Misión del Lago de Sanabria porque tuvimos oportunidad de recuperar su cámara de fotos, que fue expuesta, y hay certeza de que algunas de las fotografías del teatro y coro fueron hechas por Manuel Rubio porque así consta en el dorso de los originales. También se encontró una colección extraordinaria de Modesto Medina Bravo, que estaba completamente inédita y contenía numerosas imágenes de campesinos de los pueblos que había visitado con las misiones. Pero sin duda quedan otras muchas fotografías en las que es muy difícil identificar al autor, pero que sí ha sido posible identificar a las personas que aparecen en ellas e incluso establecer los lugares y las circunstancias. A veces las fotografías están sacadas de los documentales, y estos están perdidos, y así podemos suponer algunos de los temas rodados en ellos observándolas, mientras que con otras fotografías podemos montar secuencias de acontecimientos en una sola misión.

La identificación de las fotografías, no obstante está condicionada por dos aspectos: conocer los lugares y distinguir a las personas. Cuando es posible identificar el lugar, es más fácil establecer la fecha de la misión, y ello facilita enormemente la identidad de la personas. Hay una fotografía que cuando se celebró la exposición, había ciertas dudas de quienes eran los misioneros que aparecían en ella. Una vez identificado el lugar, Buitrago de Lozoya, fue sencillo reconocer a las personas, lo que a su vez, permite fijar la fisonomía de cada rostro y avanzar en el proceso. Así de la Misión de Alameda del Valle, en la Sierra de Madrid, celebrada en julio de 1932, desconocíamos documentos gráficos hasta que identificamos esa imagen.

Se observa en ella como los misioneros estudian unas notas en el adarve de la muralla de Buitrago de Lozoya. Al fondo se



Gervasio Manrique, Eladio García, Modesto Medina, Antonio Sánchez Barbudo y un quinto expedicionario en el adarve de la muralla de Buitrago de Lozoya (Madrid) el 13 de julio de 1932. (Fot. Archivo de la Residencia de Estudiantes)

tros atravesaron la región de este a oeste, desde Castrocontrigo a Puente de Domingo Flórez, para regresar, cruzando a la sirga del Sil, por Quereño, ya en Galicia. Es insólito que en la referencia de la propia memoria sobre las proyecciones cinematográficas registradas, se olvidasen de incluir las de esta misión, por lo que es difícil establecer en qué aldea fue realizada la fotografía, ya que como indica la propia crónica en todas se realizaron proyecciones cinematográficas. *Vid. Patronato de Misiones Pedagógicas (1934): Septiembre de 1931, diciembre de 1933.* Madrid: S. Aguirre Impresor. pp. 19 y 86-90.



Cristóbal Simancas, Antonio Sánchez Barbudo, Enrique Azcoaga, y Valentín Aranda, llegando a un pueblo en la Misión de Beteta (Cuenca), en septiembre de 1932. (Fot. Residencia, 1933)

contempla el campanario de la iglesia de Santa María del Castillo, que ha servido para la identificación exacta². El primero por la izquierda es Gervasio Manrique, y a continuación, inclinado, está Eladio García. Sentado y mirando unos papeles se ve a Modesto Medina, quien dirigía la expedición y era un gran conocedor de la sierra madrileña. A continuación, de pie, Antonio Sánchez Barbudo. La persona de la derecha de la fotografía es desconocida, pero en ningún caso se trata de Cristóbal Simancas que iba en esta misión y es el que con toda probabilidad tomaba la imagen.

Quería exponer algunos ejemplos de los cambios que para el conocimiento de estas actividades tiene la identificación de las imágenes gráficas. Hay una conocida fotografía de la Misión de Beteta (Cuenca) en la que se ve a un grupo de misioneros llegando a un pueblo que fue publicada en *Residencia*. Hoy están identificados: Antonio Sánchez Barbudo, Cristóbal Simancas, Enrique Azcoaga y Valentín Aranda. Llegan a pie con el equipaje. Se les nota un cierto cansancio por la caminata, pero contentos de llegar³.

2. La fotografía fue tomada en el transcurso de la Misión de Alameda del Valle, en la Sierra de Madrid. Se visitaron los pueblos de Rascafría, Oteruelo, Alameda del Valle, Pinilla y Lozoya entre el 1 y 2, y del 8 al 13 de julio. Los dos inspectores de la izquierda miran atentamente las notas que recoge Modesto Medina en su cuaderno. Sánchez Barbudo, más ajeno a las cuestiones pedagógicas y administrativas, mira por encima del adarve.

3. He descrito esta fotografía para un trabajo todavía inédito en donde digo: "Llegan a pie con el equipaje en los brazos. A la izquierda de la fotografía hay cuatro niñas; dos están apoyadas en la pared mirando hacia la cámara mientras otra parece disfrutar con una caja cilíndrica que se ha puesto como sombrero. La cuarta mira hacia el frente con cierta reserva. En primer plano está Antonio Sánchez Barbudo. En su mano derecha



Antonio Sánchez Barbudo entrando en el local de sesiones con el proyector fotográfico al hombro, seguido de Cristobal Simancas y Enrique Azcoaga, y los niños del pueblo. Misión de Beteta, septiembre de 1932. (Fot. Archivo de la Residencia de Estudiantes)

En otra fotografía hasta ahora no identificada, realizada pocos minutos después, se ve como entran en el local en que se van a realizar las proyecciones. Ahora están acompañados ya de una muchedumbre de niños que les siguen: saben que se va a proyectar una película y caminan decididos. Pero veamos bien la imagen: el lugar de proyección es una casa blasonada que está pegada al cuartel de la Guardia Civil. Dos guardias observan la escena desde el portalón con respeto pero con cierta displicencia en sus miradas

lleva una pesada maleta, y con su mano izquierda sujeta un fardo que descansa en el hombro. Va vestido con traje y corbata, y camina sobre una calle pedregosa que nos muestra al fondo un muro viejo y un cantizal que parece ahí acumulado como desecho de otros tiempos. Detrás de él camina Cristóbal Simancas, sin corbata y con una gabardina clara en la que únicamente abrocha un botón. Ambos miran hacia el suelo en el momento en que se tomó la fotografía, están cansados por la caminata, pero contentos de llegar. En la parte derecha podemos ver a los otros dos misioneros que completaban esta misión. En la derecha de la fotografía con las manos a la espalda, el inspector Valentín Aranda, y a su lado camina Enrique Azcoaga, que porta una maleta en su mano izquierda, y le cruza el pecho la correa de un morral, agarrando con la derecha un paquete de mano. Ambos miran para la cámara. El contraste entre el inspector y el jovencísimo escritor se ve enseguida. El inspector denota que está ahí para cumplir honestamente con su oficio, se le ve tranquilo y sosegado; la mirada de Azcoaga está llena de energía y satisfacción por llegar a aquel lugar, como quien tiene claro a qué va a esa aldea. El centro de la fotografía está vacío salvo dos campesinos que aparecen en segundo plano, y más a la derecha de Valentín Aranda caminan un niño y una niña pequeños que, movidos por la curiosidad, acompañan a los forasteros. En el primer plano de la fotografía, corta los pedriscos una zanja mal hecha, por donde posiblemente corren las aguas sucias que salen de las casas. Es una aldea inhóspita, que no invita a vivir en ella”.



Sesión de cine en la Misión de Beteta, septiembre de 1932. Fotografía obtenida a partir de un fotograma puesto del revés. (Fot. Archivo de la Residencia de Estudiantes).

hacia Azcoaga y Cristóbal Simancas que caminan detrás de Sánchez Barbudo que está a punto de entrar en el local portando el proyector, mientras una pareja de campesinos observa la escena al fondo, sin acercarse, y tal vez preguntándose a qué venían aquellos jóvenes al pueblo.

La identificación de estas fotografías, permitió de inmediato situar a una de las escenas que se ve en *Estampas* en esta misión de Beteta y documentar otra fotografía que pertenece también a esta Misión, hecha a partir de un fotograma del documental que allí se filmó. No es posible saber si pertenece a este mismo día y lugar, pues entre el público se observan muchas personas adultas que no vemos entre el grupo entusiasmado de niños que les siguen en la anterior fotografía; pero muestra el ambiente del interior del local donde Sánchez Barbudo y sus compañeros proyectaban el cine. A la derecha de la fotografía se ve al inspector Valentín Aranda, y al fondo Sánchez Barbudo, atento a la pantalla⁴. A su lado Cristóbal Simancas atiende a la máquina de proyección. En la película, así como avanzan las imágenes, hay un momento en que Sánchez Barbudo, muy excitado, le pide a Simancas que pare, tal vez porque quería dar alguna explicación sobre lo que estaban viendo en la pantalla.

4. Al comparar la fotografía con la película se puede observar que ha sido revelada al revés. Ciertamente en el documental puede también observarse la presencia de Enrique Azcoaga, y nos queda así la duda de quien realizó las fotografías y filmó el documental, un "equipo técnico", mandado por el Patronato.



El Tío Graña y su hijo visitando el Museo de Pintura el 20 de octubre de 1933 en Malpica (A Coruña), fotografiados por José Val del Omar. (Fot. Memoria de Misiones Pedagógicas)

La otra cara del estudio de las fotografías de las misiones pedagógicas está en los campesinos retratados. Son imágenes que representan a personas de todas las edades y con frecuencia mezcladas, especialmente cuando están viendo alguna película; y además muestran a un campesinado gozoso e interesado en la cultura, lo cual, como después enseñarían las fotografías de W. Eugene Smith en el pueblo extremeño de Deleitosa en 1950, no era un rasgo que fuese ya imperecedero⁵. La identificación de los campesinos apenas se ha iniciado, pero el impacto de reconocer a un familiar ya lo hemos comprobado en la propia exposición donde una mujer de la entonces llamada Puebla de la Mujer Muerta, estuvo contemplando durante media hora a su madre, recogida por la cámara de Modesto Medina en 1932. Una de las primeras fotografías que se ha podido identificar es la de un marinero gallego: el Tío Graña y su hijo⁶, fotografiados por Val del

5. Creo que es un buen ejercicio intelectual comparar estas fotografías con las de Eugene Smith de Deleitosa. La gente tiene una apariencia muy similar en la que se nota la miseria y el hambre endémica, pero mientras las personas que aparecen en las fotografías de las Misiones Pedagógicas expresan esperanza, las retratadas por Smith denotan que el fascismo estaba por fuera y el miedo por dentro, y muestran un mundo rural que ha perdido los resortes de su existencia: el éxodo rural era ya imparable. No habían transcurrido todavía quince años.

6. Debo esta información a Ana Chouciño Fernández.

Omar en Malpica (A Coruña) hacia el 21 de octubre de 1933. Dos fotografías tomadas en Torrecaballeros (Segovia) nos proporcionaron algunas sorpresas. En una de ellas se ve a unos campesinos con pañuelo al cuello y sombrero de paja de ala ancha; en la otra un grupo de campesinas posan para el fotógrafo de las misiones. Estábamos convencidos de que en la primera de estas fotografías, donde se muestra a dos jóvenes con sus sombreros de ala ancha y pañuelo al cuello eran dos apuestos campesinos segovianos, hasta que una persona nos indicó que era imposible, porque entonces los campesinos del pueblo vestían de otra manera: son segadores gallegos, afirmó rotunda para nuestra sorpresa. La misma persona nos mostró que en otra fotografía se reconocía a la familia de su marido⁷.

De los documentos fílmicos algo también se ha ido conociendo en los últimos años. *Estampas* es un documental que montó Val del Omar, aunque hoy sabemos que no está íntegramente rodado de su mano. Tal vez sea necesario volver a explicar su milagrosa salvación por uno de los misioneros que más cercanía tuvo con el servicio del cine: Cristóbal Simancas. Al contrario que otros jóvenes republicanos que participaron en las Misiones, Simancas no era un intelectual ni una persona con estudios, simplemente le entusiasmaba ir en las expediciones, ocupándose de montar las instalaciones eléctricas, cuidar de los aparatos y el material, y proyectar las películas. Probablemente fue, junto a Sánchez Barbudo, uno de los jóvenes que participó en más misiones. El 18 de julio de 1936 estaba en un pueblo de Burgos camino de una actividad misionera en Sanabria y

Campeños viendo una sesión del Teatro y Coro de las Misiones Pedagógicas en Torrecaballeros (Segovia) el 5 de julio de 1933. Los dos campesinos con sombrero son segadores gallegos. (Fot. Memoria de Misiones Pedagógicas)



7. Debo esta información a Isabel Álvarez González.



Mujeres de Torrecaballeros escuchando el romance La loba parda, en su plaza mayor el 5 de julio de 1933. La primera por la izquierda es Raimunda Llorente Manzano. En el centro con los brazos cruzados, Filomena García González. (Fot. Residencia, 1933).

allí, para salvar la vida, hubo de alistarse a las tropas franquistas; y con ellas entró en Madrid al acabar la Guerra. Amparado en su uniforme militar se dirigió al Museo Pedagógico donde encontró arrasadas las instalaciones del Patronato de Misiones, pero recogió del suelo un rollo de película en buen estado y se lo llevó a su casa: era el documental *Estampas*. Luego se marchó de aquella España irrespirable pasando muchos años en Venezuela para regresar tras la muerte de Franco y encontrarse con Val del Omar y darle la noticia de que conservaba aquella copia⁸. El documental está montado por un conjunto de filmaciones rodadas en 1932, pues en 1933 ya fue exhibido en varias ciudades europeas. Aunque falta todavía que se hagan más estudios sobre las imágenes que aparecen en esta película, hoy tenemos cuatro lugares identificados. El que ya hemos citado de Beteta; las imágenes de Burgothondo en que se ve a Luis Cernuda jugando con un grupo de niños en una gran rueda; la escena del baño en el río de Pombriego, filmada por Gonza-

8. Debo esta información a Gonzalo Tapia, quien mantuvo una larga entrevista con Cristóbal Simancas, que se refleja en el documental que rodó sobre las Misiones Pedagógicas.

lo Menéndez Pidal en la misión de La Cabrera, y, conforme a un testimonio oral recogido en la exposición, las imágenes finales del documental pertenecen a Navas del Matroño.

Hay otro documental más breve, que apareció en el curso de la preparación de la exposición, es la filmación del tercer aniversario del Teatro y Coro de las Misiones Pedagógicas en Bustarviejo (Madrid) el 15 de mayo de 1935. Es la única imagen fílmica que se conoce de Manuel Bartolomé Cossío, y la identificación de las personas que aparecen en este documental, así como sus voces, fue uno de los hallazgos más emotivos que se han realizado recientemente sobre las Misiones Pedagógicas: reconocer en la niña del coro a Isabel Luzuriaga, o contemplar como Domingo Barnés llora emocionado al escuchar el discurso de Cossío; la cercanía de Luis Gutiérrez del Arroyo y su hijo con el maestro, o escuchar a Alejandro Casona e imaginárselo dando un discurso parecido, con esa voz clara y convincente, en muchos pueblos, permite recuperar un ambiente, un tiempo, que fue gozoso.